

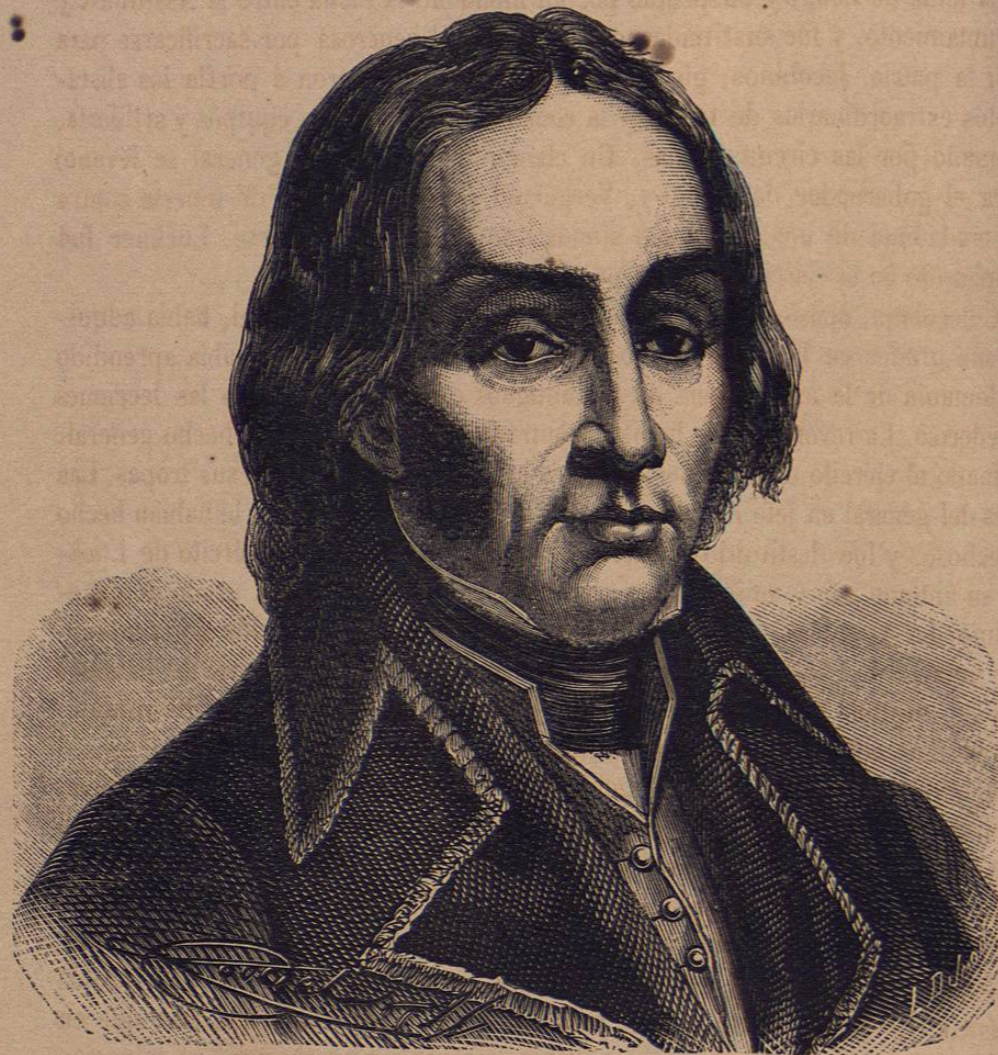
dió el decreto de deportacion de los sacerdotes que habian rehusado ó retractado el juramento á la Constitucion civil del clero.

VIII

La toma de Longwy suspendió por un momento la lucha entre la Asamblea y el ayuntamiento, y fué sustituida por una rivalidad generosa por sacrificarse para salvar la patria. Jacobinos, girondinos y franciscanos votaron á porfía los alistamientos extraordinarios de tropas y la construccion de armas, equipos y artillería, reclamado por las circunstancias. Un clamor de indignacion general se levantó contra el gobernador de Longwy. Vergniaud propuso la pena de muerte contra todo ciudadano de una poblacion sitiada que hablase de rendirse. Luckner fué reemplazado en el ejército de Metz por Kellermann.

Kellermann, apasionado por la carrera militar y por la libertad, habia adquirido sus grados en la guerra de los Siete años. Jóven entonces, habia aprendido en Alemania de la experiencia de los antiguos capitanes, y tomado las lecciones de Federico. La revolucion le habia encontrado coronel, y le habia hecho general. Destinado al ejército de Luckner, se habia adquirido el aprecio de sus tropas. Las dudas del general en jefe en hacer prestar el juramento á la nacion le habian hecho sospechoso, y fué destituido. Kellermann rehusó el mando del ejército de Luckner, su antiguo jefe y amigo, si no se concedia al viejo general el grado de generalísimo. La Asamblea, admirada de tanta generosidad y convencida de la inocencia y nulidad de Luckner, le concedió en efecto el grado, y le envió á Chalons á gozar de un título puramente honorífico, y á organizar los batallones de voluntarios que iban allí de todos los departamentos del ejército.

Miéntas que Danton daba al gobierno el vigor de su actividad, Robespierre, no tan dueño como aquél del Consejo del ayuntamiento por un suceso del cual no habia participado, empezó á levantar la voz despues de la batalla como para explicar su sentido y sus consecuencias al pueblo. «La nacion francesa ha llegado— escribia—á un punto de calamidad pública en que las naciones, así como los individuos, no tienen sino un deber que cumplir, que es el de proveer á su propia existencia. Levantada como en 89, pero con más orden y majestad aún que en aquel año, ha ejercido con más serenidad su soberanía para asegurar su salvacion y su felicidad. En 89, una parte de la aristocracia la ayudó; en 92, no ha tenido más que á sí misma para salvarse.» En seguida, refiriendo la jornada, resumió así su opinion sobre las consecuencias del 10 de Agosto: «La Asamblea ha suspendido al rey, pero no se ha atrevido á más: no es la suspension, sino la supresion, lo que debia pronunciar. Debia cortar esta cuestion, cuya solucion nos prepara dificultades y lentitudes. En lugar de esto, nos habla de nombrar *un ayo al principe real*. Franceses, pensad en la sangre que se ha vertido. Acordaos de los prodigios de justicia y de valor que os colocan á la cabeza de todos los pueblos de la tierra; acordaos de los principios inmortales que habeis tenido la audacia y la gloria de proclamar los primeros alrededor de los tronos para hacer salir al género humano de las tinieblas y de la servidumbre. ¿Qué comparacion hay entre esta mision sublime y la eleccion de un ayo para educar al hijo de un tirano? Pero ved ya en marcha á la más hermosa revolucion que ha honrado á la humanidad, la



KELLERMANN.

sola que tiene un objeto digno del hombre, cual es el de fundar sociedades políticas sobre los principios divinos de la igualdad, de la justicia y de la razón. ¿Qué otra causa podía inspirar al pueblo el valor sublime y sereno, y engendrar prodigios de heroísmo iguales á todo lo que la historia nos cuenta de la antigüedad? Ya el sacudimiento que ha derribado un trono ha estremecido todos los demas. Franceses, sed firmes y estad alerta. Es necesario que sucumban los reyes, ó vosotros tendreis que sucumbir. Romped, pues, los últimos eslabones de la cadena del cetro. Debeis al universo y á vosotros mismos la mejor Constitucion posible. Llamad á la Convencion hombres puros ajenos á las intrigas y á la cobardía, que son las virtudes de las cortes. Estais en guerra ademas con todos vuestros opresores, y no encontrareis la paz sino en la victoria y en el castigo de todos los satélites de la tiranía.» Esta fué la llamada para las elecciones que se aproximaban.

En cuanto á Petion, objeto del culto platónico de los comisionados del nuevo ayuntamiento, que le llamaban el *padre de la patria*, no apareció sino de vez en cuándo en la barra de la Asamblea para justificar con una voz complaciente las usurpaciones de aquel cuerpo insurreccional. La sonrisa hipócrita que mostraban siempre sus labios ocultaba mal los sinsabores que experimentaba en el corregimiento. El era la prenda del pueblo en la casa de la ciudad. El verdadero corregidor entónces era Danton. Este estaba siempre presente en las sesiones permanentes del cuerpo municipal, descuidaba la Asamblea por el ayuntamiento, con el que concertaba todas las medidas de gobierno, siendo él su poder ejecutivo. Para darle la direccion, la unidad y el secreto necesarios á una reunion de hombres de accion, y para hacer prevalecer en sesion general las resoluciones acordadas entre él y sus confidentes, habia dividido, de concierto con Marat, el ayuntamiento en distintos comités. Estos deliberaban y obraban aisladamente, siendo el tipo de los que concentraron despues el gobierno en la Convencion. El comité soberano era el de *vigilancia general*, que, compuesto de un corto número de hombres sucesivamente escogidos y depurados por Marat y por Danton, sujetaba á los demas comités. Atribuyéndose todos los poderes, traspasaba todos los decretos de la Asamblea, citando á su presencia á los ciudadanos, poniéndolos presos y llenando con ellos las cárceles; ejercia la policia general del imperio, disciplinaba y perpetuaba en sí mismo la insurreccion, y era una conjuracion permanente; modelo de la institucion tiránica que se llamó despues comité de *salvacion pública*. Danton, apoyándose á la vez en su poder legal de ministro de Justicia, en el poder ejecutivo y en su omnipotencia popular en el comité de vigilancia del ayuntamiento, daba á sus disposiciones la fuerza de la insurreccion, y á ésta la fuerza de la ley.

Este era el consulado de Catilina; nada podia resistirle: si aquel hombre soñaba un crimen, se convertia en un acto del gobierno. Cuando él no lo meditaba, toleraba al ménos que se preparase ocultamente alrededor de sí. Renovó exprofeso los miembros del comité, para que en el momento de la ejecucion no hallase en la conciencia de uno solo de aquellos hombres más escrúpulo ni más dudas que en la suya propia. Desde el 29 de Agosto ya dió á conocer algunos síntomas significativos de sus ideas ante la Asamblea nacional.

Esto fué en la sesion de la noche. La Asamblea, conmovida por las malas noticias de la frontera, trataba de adoptar medidas sobre medidas para igualar los sacrificios con los peligros. Las proposiciones se sucedian á las proposiciones.



Los desfiladeros del Argonne.
Pág. 37.

Vergniaud, Guadet, Brissot, Gensonné, Lasource, Chambon y Ducos querian, golpeando la tribuna con el pié, hacer salir de allí legiones de defensores de la patria. Se votaron hombres, caballos, armas y requisiciones de todas clases. Danton entró en la sala seguido de sus colegas, y subió á la tribuna con la actitud de un hombre que lleva un remedio á tantos males en su cabeza. El silencio de la esperanza se estableció al verle.

«El poder ejecutivo—dijo—me ha encargado de hablar á la Asamblea nacional de las medidas que ha tomado para la salvacion del imperio. Yo motivaré estas medidas como ministro del pueblo y como ministro revolucionario. El enemigo amenaza al reino, pero el enemigo aún no ha tomado á Longwy. Se exageran nuestros reveses; no obstante, los peligros son grandes. Es necesario que la Asamblea se muestre digna de la nacion que representa. Por una convulsion hemos destruido el despotismo, y sólo por una gran convulsion nacional haremos retrogradar á los déspotas. Hasta aquí hemos hecho la guerra simulada de Lafayette; ahora es preciso hacer una guerra más terrible. Aún es tiempo de impulsar al pueblo á precipitarse en masa sobre sus enemigos. Se han tenido hasta este momento cerradas las puertas de la capital, y se ha hecho bien. Es muy importante apoderarse de los traidores, pero hay treinta mil de éstos que prender, y es necesario que esto

se haga mañana, y que mañana mismo Paris se comunique con Francia entera. Pedimos que nos autoriceis para practicar visitas domiciliarias. ¿Qué dirá Francia si Paris estupefacto aguarda inmóvil la llegada de los enemigos? El pueblo frances ha querido ser libre, y lo será.»

IX

El ministro calló. La Asamblea se aturde, y el decreto pasa. Danton salió inmediatamente y voló al Consejo general del ayuntamiento, preparado á la obediencia por sus confidentes, y pidió que decretasen inmediatamente las medidas necesarias al golpe de Estado nacional, en que el poder ejecutivo reasumia toda la responsabilidad del hecho. En seguida se publicó el siguiente bando: «Al toque de las cajas que se oirá el dia de mañana, todos los ciudadanos estarán obligados á permanecer en sus casas. La circulacion de carruajes se suspende hasta las dos de la tarde. Las secciones, los tribunales y los clubs serán invitados á no celebrar sesiones por no distraer la atencion pública de las necesidades del momento. Por la noche las casas estarán iluminadas. Algunos comisionados elegidos por las secciones y acompañados de la fuerza pública penetrarán en nombre de la ley en todos los domicilios de los ciudadanos. Cada uno de ellos declarará y entregará las armas que tuviese. Si fuese sospechoso, se harán pesquisas más rigurosas; si falta á la verdad, será preso. Todo particular que se encuentre en otro domicilio que no sea el suyo, se le declarará sospechoso y será preso. Las casas deshabitadas ó que estén cerradas serán selladas. El comandante general Santerre requerirá á las secciones armadas. Se formará una segunda linea de guardias alrededor de Paris, para detener á todo el que intentase huir. Los jardines, los bosques y los paseos de las cercanías serán registrados. Varios botes armados interceptarán en las dos extremidades de Paris el curso del rio, á fin de cerrar todas las vías de fuga á los enemigos de la nacion.»

Decretadas estas medidas, Danton se retiró al comité de vigilancia del ayuntamiento para dar las últimas órdenes á sus cómplices. El comité habia sido renovado, y le presidia Marat. Este no era comisionado por ninguna seccion, pero el Consejo general le habia concedido el favor excepcional de que pudiese asistir á las sesiones por derecho de patriotismo, y le habia votado una tribuna de honor en su recinto para dar al pueblo cuenta de sus deliberaciones. Los otros miembros eran: Panis, cuñado de Santerre; Lepeintre, Sergent, presidentes de seccion; Duplein, Lenfant, Lefort, Jourdeuil, Desforgues, Guermeur, Leclerc, Dufort, hombres dignos de ser los colegas de Marat y los ejecutores de Danton. Mehée, secretario actual; Manuel, procurador del ayuntamiento; Billaud-Varennes, su sustituto; Collot-d'Herbois, Fabre d'Eglantine, Tallien, secretario del Consejo general; Huguenin, presidente, Hebert y algunos otros de los jefes del ayuntamiento, sea que hubiesen aprobado, combatido ó tolerado la resolucion, la conocieron anticipadamente. Algunos actos y documentos irrecusables justifican que para esta convulsion popular, predicha y aceptada, si no provocada por Danton, todo fué premeditado y preparado con anticipacion, los ejecutores, las víctimas, y hasta los sepulcros.

El misterio ha cubierto las deliberaciones de este conciliábulo: sólo se sabe

que Danton, haciendo un gesto horizontal, dijo con una voz áspera y desentonada: «Es preciso atemorizar á los realistas». Andando el tiempo, él mismo dió testimonio contra sí de haber sido el autor de aquella jornada cuando, respondiendo á los girondinos que le acusaban de los asesinatos del 2 de Setiembre, les dijo: «He mirado el crimen de frente, y sin embargo, le he cometido».

X

Antes de medianoche se avisó á Maillard, jefe de las hordas del 6 de Octubre, para que reuniese su milicia de sicarios para una expedicion próxima, cuya hora y víctimas se le designarian más tarde, prometiéndole un tanto por cabeza. Tambien se le encargó que tuviese preparados los carros necesarios para transportar los cadáveres.

En fin, dos agentes del comité de vigilancia se presentaron el 28 de Agosto á las seis de la mañana en casa del sepulturero de la parroquia de Santiago, y le obligaron á coger el azadon y seguirlos. Al llegar al sitio de las canteras que se extienden fuera de la barrera de Santiago, y que algunas habian servido de catacumbas en la época de la mudanza reciente de los cementerios de Paris, los dos desconocidos desplegaron un plano y se orientaron de la disposicion de este campo de la muerte. Reconocieron por algunas señales que habia en el suelo y marcadas en el plano el sitio de aquellos subterráneos cegados, marcaron ellos mismos con la azada la línea circular de un espacio de seis piés de diámetro, en donde el sepulturero debia cavar para encontrar la boca del pozo que bajaba á aquellos abismos, y le recomendaron que tuviese cuidado de que la obra estuviese concluida al cuarto dia, retirándose, imponiéndole silencio sobre todo esto, y entregándole ántes la suma necesaria para pagar á los trabajadores.

No se guardó sino imperfectamente el silencio que cubria estos funestos preparativos. Un rumor sordo, circulado en las cárceles, hizo presentir á las víctimas la suerte que les aguardaba. Los carceleros y encargados de las llaves tuvieron avisos misteriosos.

Danton, cruel en globo y capaz de tener compasion en algunas pequeñeces, cediendo á las súplicas de la amistad y á los propios movimientos de su corazon, hizo poner en libertad el dia anterior algunos presos cuya suerte le interesaba. Ordenando el crimen por ferocidad de sistema y no por ferocidad natural, parecia tener á dicha el salvar algunas víctimas. Mr. de Marguerie, oficial superior de la guardia constitucional del rey, el abate Lhomond, célebre gramático, y algunos pobres sacerdotes de las escuelas cristianas que habian cuidado de la educacion de Danton, le debieron la vida. Marat, por orden del ministro, hizo salir á estos presos, poniendo por sí mismo cierto número de ellos al abrigo del golpe que se les preparaba. El corazon del hombre nunca es tan inflexible como sus pasiones. La amistad de Manuel salvó á Beaumarchais, autor de la comedia titulada *Figaro*, que es el prólogo de una revolucion comenzada por la risa y concluida por el hacha. Manuel fué en persona á la cárcel de los Carmelitas á poner un centinela á la puerta de cuatro ancianos religiosos de aquella casa á quienes se acordó dejar con vida. Solo éstos sobrevivieron; Manuel no los conocia, pero juzgó que derramar su sangre era inútil, y se les perdonó.